

Viaje al desierto

Por

FERNANDEZ FIGUEROA

Según el país de donde se viene, así se ve el país a donde se llega. Porque hombre no tiene singular. Son siempre miles de ojos los que miran.

ANTES de este viaje yo tenía de África una noción, adquirida en mis años de juventud, que se resumía en un nombre: Marruecos. Para mí, y creo, salvo raras excepciones, que para el resto de los españoles, África era Marruecos o apenas era nada: si acaso un vago rumor de selva virgen... Era la guerra de Marruecos, con todo el cortejo de tiros, blocaos, combates, retiradas y victorias que estas palabras traen consigo. Annual, Montearruit, el Barranco del Lobo, Alhucemas, los Castillejos. Todavía hoy podrán contarse con los dedos de la mano los españoles que no recuerden la arenga frenética de Prim, alzado sobre los estribos del honor nacional. "Soldados: Podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras, pero no esta bandera, porque es de la Patria!" Era la guerra de África. El clavo ardiendo al que España se había agarrado para no hundirse definitivamente en el mar muerto del agua pasada que no mueve molino.

Dice Eugenio Montes que "hay países, como Portugal, que han nacido para ir por esos mundos de Dios. Otros, como Bélgica, parecen haber nacido para que esos mundos de Dios pasen por ellos". Pongamos donde dice Portugal, España, y África donde dice Bélgica, y esperemos a ver lo que pasa. Pasa lo que tenía que pasar. Una música de cornetas y tambores. Reclutas bisoños. Banderas al aire. Pasa España hacia sus bodas de sangre con el futuro. Estoy tratando de decirlo desde el principio. África es a la sed campeadora y colonizadora de los españoles lo que Dios a su sed religiosa: el venero de origen, la fuente de nacimiento. Pero esa sed no se sacia en Marruecos. Por arriba sí, África limita con nosotros—no sólo con España, sino con el mundo entero que habla español—por la retirada de Annual. Limita con el desastre. Annual costó a España veinte mil muertos, y ésa, la muerte, es una frontera imborrable para los pueblos con historia. (Que en eso se distinguen los que la tienen de los otros, en la memoria de sus muertos.) Pero por abajo no. El sur está mucho más dentro y tiene un nombre enigmático, como la aventura. A. O. E. Por el sur, España limita en África con la historia por escribir.

A. O. E.

Para que el lector no se arme demasiado lío le remito al gráfico. En él observará cuatro zonas diferentes, rayadas con distinto trazo. Reunidas las cuatro forman el A. O. E., abreviatura genérica de África Occidental Española. Cómo se ha llegado a esta división y subdivisión sería muy largo de contar. Bástele saber al lector que su área aproximada es en la actualidad de 300.000 kilómetros cuadrados y que hubo un tiempo, asombrosamente reciente, en que esa área medía más del doble. Dejemos aparte, por el momento, la primera y más pequeña de dichas zonas, el minúsculo enclave de Sidi Ifni, y ocupémonos de las otras. Su denominación, extensión y población es como sigue:



Zona sur del Protectorado (Protectorado de Marruecos). 26.000 kilómetros. 12.000 habitantes.

Zona de libre ocupación. Conocida también por la Seguía el Hamra. 82.000 kilómetros. 13.000 habitantes.

Colonia de Río de Oro. 190.000 kilómetros y 25.000 habitantes. (A éstos habrá que sumar, dado el régimen nómada de los nativos, otros 30.000 en las épocas de pastos, cuando el régimen de lluvias les obliga a desplazarse en su busca de un punto a otro del desierto.)

En rigor, estas dos últimas zonas constituyen el Sáhara español propiamente dicho y son la única colonia del A. O. E., puesto que la tercera, la zona sur del Protectorado, pertenece, como indica su nombre, a Marruecos, y la cuarta, el territorio de Sidi Ifni, es de

soberanía nacional: una provincia más de España. Es decir, que "constituyen entidades legales independientes y se rigen por diferente régimen a los efectos de su gobierno y administración", según se especifica en la Orden de 12 de febrero de 1947. Una Orden como quien dice de ayer. Porque lo característico de la política española en África ha sido, desde muy antiguo hasta muy recientemente, no tener política. Sólo así puede explicarse el trato de que fuimos objeto en los numerosos "convenios" concertados con Inglaterra y Francia a lo largo de los últimos cien años—cada uno de los cuales sirvió para mermar otro poco nuestra soberanía—y las circunstancias de inferioridad incluso diplomática en que tales tratados se llevaron a efecto. Persona tan poco sospechosa como D. Alvaro de Figueroa, conde de Romanones, lo reconoce en uno de sus últimos libros, "Notas de una vida", al dar cuenta de sus conversaciones con Poincaré, Presidente de la República francesa, a raíz de la para nosotros desgraciada Conferencia de Algeciras de 1912. Pero esto es harina de otro costal. Limitémonos por hoy a hablar de lo que hay, y no de lo que pudo haber o hubo.

Y lo que hay es esto que se ve en el plano. Un puñado de tierra a la vera del Atlántico, sembrada de sacrificios e inquietudes españolas. Reducido a términos de política económica y estratégica, algo que sólo en el porvenir podrá valorarse en sus términos justos; sin esperar a que—según afirma Scott Keltie—"cuando el mundo esté tan lleno de habitantes que todos los países hayan sido utilizados, el Sáhara quedará como último recurso". Ya mismo existe una riqueza de la máxima importancia, a la que el Gobierno español está prestando toda la atención que merece. Esta riqueza es la pesca. Puede asegurarse que el banco saháríco es uno de los primeros del Océano en valor ictiológico, particularmente en el trozo de costa que se extiende entre Cabo Blanco, punta extrema de nuestra colonia, y Cabo Bojador, a mitad de camino de Cabo Jubi y Villa Cisneros. Abundan los percebes, las almejas, el mero, el congrio, la corbina, el bogavante y la langosta. Esta, sobre todo, en cantidades de verdadero asombro. De un barco francés se dice que llegó a cargar, antes de la guerra pasada, hasta 40.000 ejemplares.

Por lo que se refiere al comercio, la realidad es que apenas sobrepasa las transacciones de orden interno, llevadas a efecto en los zocos o mercados que han nacido al calor de las guarniciones y destacamentos militares—si puede darse la denominación de guarniciones a los fortines donde los Grupos Nómadas—que son los encargados de la vigilancia en el territorio—viven una vida de austeridad que muchas órdenes religiosas querrían para sí.

FISONOMIA DEL SUELO

No necesito esforzarme en demostrar por qué. El clima y la miseria vegetal y animal del desierto son de tal índole que no consienten mayores lujos. En general dominan los arbustos y las plantas pobres y raquíticas, de escasa vida. "Hay muchas especies que aparecen con la lluvia y desaparecen con ella." Sin embargo, a todas las une un lazo común, que es el mismo que hermana a los hombres: "la lucha contra la sequía pertinaz del Sáhara".

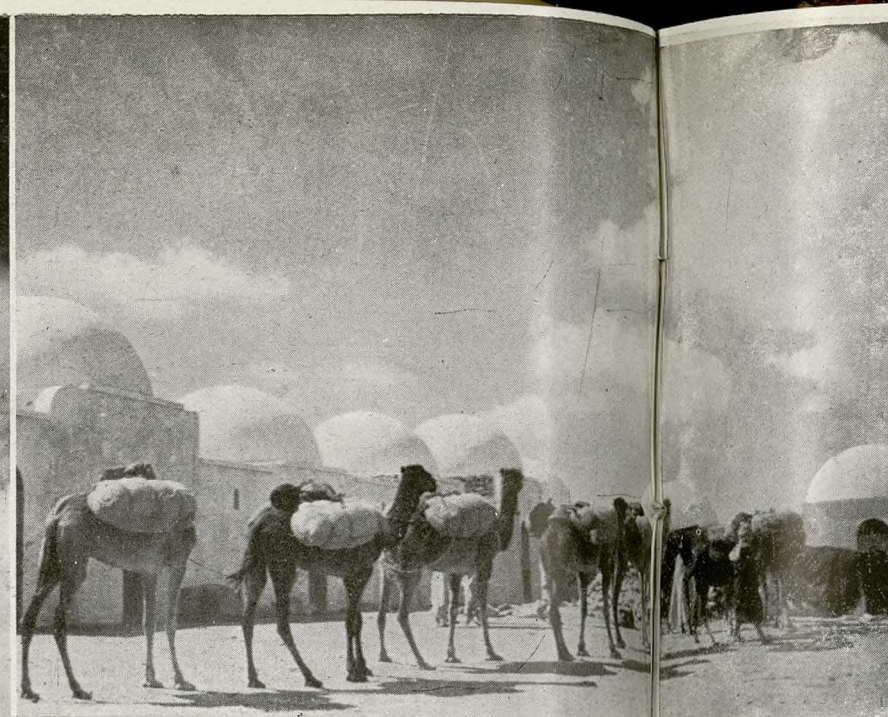
El terreno no siempre es bajo, llano y arenoso—con arena hasta el tobillo—, como se supone. Ni siquiera, salvo grandes manchones, es así. Lo corriente son las colinas chatas y oscuras, los pedregales, los sistemas montañosos y las depresiones bajas, incluso más que el nivel del mar.

Los ríos suelen ser fósiles, de caudal no constante, ofreciendo más bien el aspecto de ramblas arenosas. Ejemplo típico el de la Seguía el Hamra, que da el nombre a la zona de libre ocupación arriba mencionada. Otros, por el contrario, son de cauce corto y régimen de aluvión. No ofrecen, desde el punto de vista de su utilidad, el menor interés en una tierra donde cada accidente y circunstancia es aprovechada hasta límites extremos por los indígenas en su lucha contra la inhospitalidad del medio.

En este sentido, los animales se adaptan mejor que las plantas a las duras condiciones de vida que el desierto impone; sin duda por la facilidad de desplazamiento, que les permite una mayor movilidad y autonomía, y por los órganos especiales de que la naturaleza les ha dotado en previsión de la falta de agua y de la escasez de pastos. Así, el antílope cuenta con una bolsa en su vientre y el camello con su joroba, de los que respectivamente se alimentan en los días de hambre forzosa. En relación con su altura y tamaño, por lo general, todos los animales del desierto poseen buenas defensas contra el enemigo número uno: la sed, y sus miembros son ágiles, largos y vigorosos, aptos para recorrer grandes distancias. Entre ellos merecen destacarse la hiena; el jabalí (*hal-luf* de los moros, poco abundante ya); el guepardo, más pequeño que el leopardo normal, pero de su misma familia; el avestruz; el arui, especie de cabra salvaje; el antílope; la gacela, de color café con leche oscuro, muy generalizada; el zorro; el conejo; la perdiz; la cabra y la oveja, ambas de escasa altura en comparación con las de la Península, y el camello. Los tres merecen capítulo aparte.



Oficial español al frente de un destacamento de Grupos Nómadas, durante uno de sus recorridos o "nomadeos", atravesando la cadena de dunas más extensa del Sáhara español.



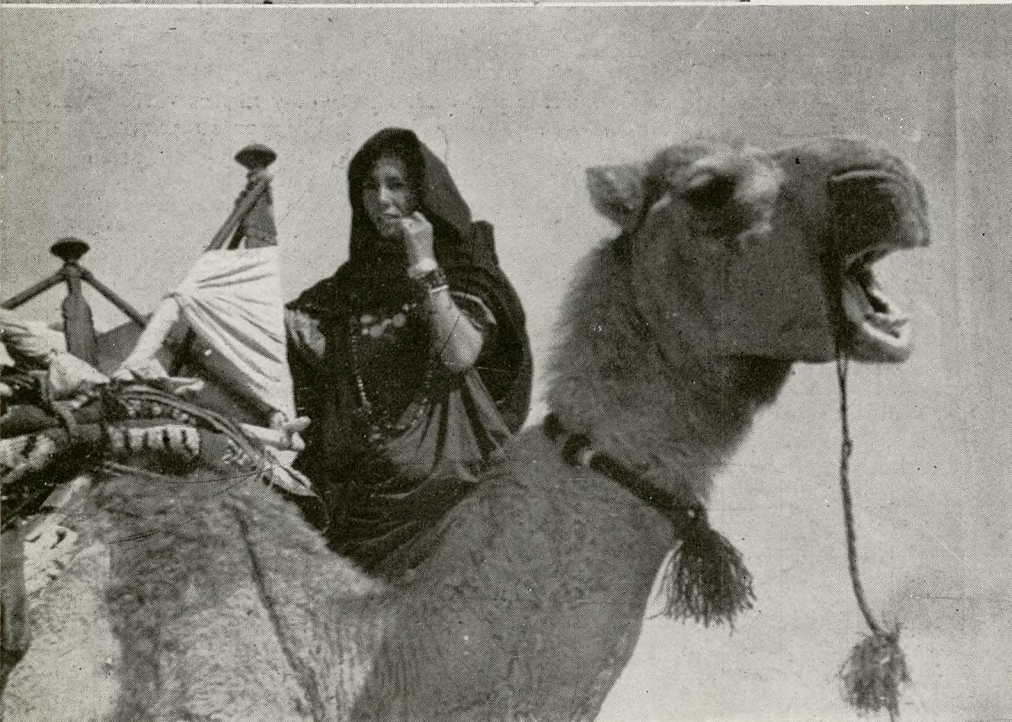
Caravana de camellos de carga, en el zoco o mercado del "Aaiun". Al fondo, obsérvense las cúpulas semiesféricas características de la capital del Sáhara español.



Caravana de saharauis movilizada en busca de pastos para sus camellos. Como podrá verse en la fotografía, no falta el "queb" (perro pequeño y casi siempre famélico, que habitualmente, a falta de otra cosa, se alimenta de huesos, ratas, etc.).



Rebaño de camellos esperando turno para beber en uno de los pozos del desierto. La operación dura muchas horas, porque el agua se saca cubo a cubo, y cada uno de estos camellos está dispuesto a beberse hasta veinte.



Camello "barracado", en disposición de que la mujer indígena suba a la "rahala" o montura colocada sobre su joroba, antes de emprender uno de los desplazamientos a que la dura vida del desierto obliga.

EL CAMELLO

Es fácil verlos pastar y moverse juntos en un solo rebaño, que recibe entonces el nombre de "legunem" (cabras, ovejas y camellos). Sus pieles y lonas son el principal producto de exportación del territorio y sirven para tejer con ellas la "jaima" o tienda típica del desierto, la vivienda portátil del nómada, de que hablaremos más adelante.

La oveja suele ser blanca con manchas negras y de lana poco abundante. La cabra, color carbón. El camello, blanco, café con leche, gris, amarillo, leonado... según la raza, el país e incluso la estación del año. En realidad, por lo que se refiere al Sáhara español, no debe llamarse camello, sino dromedario, puesto que sólo tiene una joroba. No obstante, por seguir la costumbre y dadas sus muchas virtudes, le continuaremos llamando camello. El es el gran aliado natural del nómada, la joya que si se pierde lleva la ruina consigo, el *barco del desierto*, como se le ha calificado también con propiedad. El perro fiel tras la sombra del hombre. Un proverbio saharauí, de entre los muchos que le cantan, resume muy bien esta estrecha alianza entre la bestia y su señor. Dice: "Los camellos no engordan sino cuando caminan sobre las huellas de su amo." Los naturales del país le cuidan como a las niñas de sus ojos, y, en su estima, acaso sólo la mujer pueda equipararsele. "Entre todas las cosas que Dios ha dado al hombre, dos son las más hermosas: el rostro risueño de una joven virgen y un hermoso camello", reza otra sentencia indígena. Sin exageración, el camello en el desierto lo es todo: pies, manos, mula de carga, brújula y, por último, despensa. La leche de la hembra sirve como bebida a toda una familia; de su piel se hacen sandalias, y el pelo, como dijimos anteriormente, es utilizado para tejer las lonas de las tiendas; la carne, bien recién matada, bien puesta a secar, constituye a su vez uno de los más suculentos platos para los nativos. Hasta tal punto están vinculados el camello y el hombre, que sin aquél éste se movería como un ciego y un cojo de las dos piernas en medio de la Puerta del Sol. Una leyenda oída relatar a D. Manuel Mulero da clara idea de hasta dónde es cierto lo que digo. "Un *Erguibi* que encontrábase enfermo de gravedad, llamó al médico (tebib) para que le asistiese, y al preguntarle cuál sería el premio de sus servicios, el médico contestó que lo estimaba en un camello. El enfermo, que no poseía más que uno, respondióle que prefería que le dejase morir, puesto que, aunque sanase, su vida dejaría de tener interés, ya que le privaba de la contemplación del animal."

"Un *Jagut*, propietario de rebaños a cuyo cuidado había dedicado toda su existencia, cayó igualmente enfermo de gravedad, y en las postrimerías de su vida fué rodeado de todos sus hijos, que le instaron a rezar y a que les diera los encargos que considerara oportunos. Permaneció el moribundo callado un buen rato, hasta que a nuevas instancias contestó que lo único que deseaba era que trajesen a su presencia a sus mejores camellos, y una vez conseguido expiró, repitiendo la palabra Azuzal... Azuzal."

Lo único que el camello no soporta es que se le confunda con un caballo, cosa que los europeos hacen con excesiva frecuencia. Entonces, el animal gruñe, muerde y se defiende como puede, dando muestras de desgana y rabia. Los saharauis suelen decir, por esta razón, que "pierde grasa a la sola vista de un cristiano". En realidad, se le pasa pronto, aunque siga echando por la boca el malísimo olor que le caracteriza, así como su mal humor tradicional. Sobre esto en particular, y en general sobre el camello, lo mejor que yo he oído se lo oí, en Cabo Juby, al comandante Alonso. "La psicología del camello—me dijo—es muy parecida a la del español: reclama por todo, pero lo hace todo, y bien: Se le carga, gruñe; se le descarga, gruñe; se le "barraca" (se le arrodilla), gruñe; se le pone en pie, gruñe... Pero, una vez montado, sale andando y no para, si es necesario, hasta caer rendido. Hasta que un día se acuesta y ya no hay quien le levante. Es que ha muerto."

AGUA Y VIENTO

Los otros dos elementos naturales que el saharauí ha de tener presentes cada día son el viento y el agua. Al primero, cuando es cálido y sopla del sudeste, "Irifi", como enemigo. Al segundo, al agua, como indispensable. Con el camello,

ella es el aliado que no puede perderse de vista un segundo: un segundo que en el desierto equivale a una semana, por ejemplo: el tiempo que dura lleno un "guirbe" (recipiente construido con piel de cabra, donde los nómadas transportan el agua durante los desplazamientos en busca de pastos para sus ganados o huyendo de las inclemencias del clima).

Gracias a su facultad para orientarse, el hombre del desierto sabe con la suficiente anterioridad y precisión dónde y a qué distancia va a encontrar un pozo, si previamente el "Irifi" no le ha cegado o le ha hecho evaporarse. Hasta tal punto es de temer este viento. En las ocasiones en que sopla a toda vela, llega a hacer desear la muerte. Seca la garganta, arrastra la arena con una violencia que da miedo, evita la visibilidad y deshidrata. Por evaporación, llega a perderse la mitad del agua contenida en un "guirbe". Esta cifra, que cuatro hombres se bebieron en un día, es suficientemente reveladora: sesenta litros. Bajo el "Irifi", el desierto se convierte en una nube de fuego y desolación. El propio camello se niega a andar, se echa, mete las patas en la arena y así espera. No hay más defensa contra el viento que aguardar a que pase.

Cierta día, una familia de nómadas se encontró, por sorpresa, en medio de un "Irifi" apacientando su rebaño. El pozo de agua al que se dirigían estaba cegado. No había otra solución que buscar algo de beber donde fuera, o morir. Cuando ya la situación se hizo insostenible, fueron matando sus cabras una por una y bebiéndoles la sangre, hasta que se acabó la última. Aquello les salvó de perecer, pero no de la miseria. En sesenta horas escasas el "Irifi" los había dejado en la ruina y desnudos.

Naturalmente, esto no sucede cada poco. Ni tampoco los pozos se encuentran siempre cegados. Los hay de diez, doce, quince y hasta sesenta metros, como el Bir Enzarán, construido a conciencia, que data de la época preislámica; pero lo común es que sean superficiales (*aglas*) y broten por generación espontánea en el lecho de los ríos; es decir, sin más esfuerzo que el de escarbar la tierra húmeda. De una u otra forma, ellos condicionan durante los nomadeos las etapas de recorrido e incluso las costumbres de los naturales del país. Alrededor de su eje giran los hombres, los animales y el desierto entero. Gira la vida, salobre pero apetecible, como su agua.

LOS HOMBRES AZULES

Se llama así a los habitantes del Sáhara español, por ser ese el color predominante de sus túnicas o "chilabas". Color que en este desierto, donde el aseó brilla por su ausencia, ha llegado a ser también el de la piel de los naturales, por efecto del sudor y de no utilizar el agua más que como bebida. Ya hemos dicho que su casa es la tienda, y su existencia, de una extrema austeridad. Los objetos de uso común se caracterizan por su rusticidad y simpleza: "una alfombra, algunos cojines, sacos de cuero, cofre de madera—que sirve de armario—, cacharros para el agua, la leche y la manteca, el mortero, la tetera, el martillo del azúcar, marmitas, alguna vasija y, entre los utensilios femeninos, un pequeño saquito de tapadera cónica, donde guardan las alhajas" y potingues con que aderezarse la cara y los tobillos. A la hora de cargar el camello y partir, todo debe ser liviano y exigir el menor esfuerzo posible.

Son muy dados a fiestas y bailes, y escasamente bélicos. Viven en tribus, a veces por familias, y obedecen la autoridad del jefe, generalmente de origen



Avestruces de la granja del "Aaiun". Su voracidad es tal, que uno de ellos llegó a comerse la trenza de un "goyete" (chiquillo saharauí), amén de botones, colillas, trozos de cristal, huesos de aceituna, etc. Sus plumas desaparecen poco a poco, porque no hay soldado que escriba a la familia y no les arranque una como recuerdo...



El "Sultán Azul" —recientemente venido a España—recibiendo las manifestaciones de afecto de los nativos de Sidi Ifni, donde en la actualidad vive. El "Sultán Azul", gran amigo de los españoles, es nieto del famoso Che Ma el Ainin, fundador de *Semara*, la Ciudad Santa del desierto, arrasada por los franceses en 1913, durante sus "racias" de castigo.



religioso. En este aspecto, los saharauis pueden llamarse de tú con los moros de Marruecos y con el resto de los pueblos árabes: su islamismo tiene hondas raíces. Se remonta al año 660 de Jesucristo, "aunque en realidad no tuvo carácter fijo hasta el año 1038 (430 de la hégira)", y después, cuando el Chej Ma el Ainin, abuelo del Sultán Azul de Sidi Ifni, que en fecha todavía reciente visitó España, se alzó con el cetro religioso en esta parte del desierto y más al norte. Tenía un gran carácter y una voluntad vigorosa, y muy pronto su prestigio rebasó las fronteras, llegando a oídos de los sultanes de Fez, quienes le consideraron, a partir de entonces, aliado indispensable en sus luchas territoriales y políticas con los franceses. Su nombre de cuna fué en realidad Sidi Mustafá; pero su madre le puso Ma el Ainin, que quiere decir "agua de los ojos", por ser el único varón de sus 32 hijos. Según otros, el nombre se debe a defecto ocular congénito, que le hacía lagrimear continuamente.

Adquirió fama de asceta y construyó, gracias a su energía, sabiduría y bondad y a la ascendencia que tenía entre los saharauis, la ciudad de Esmara (*junco*), llamada también Ciudad Santa y Ciudad Negra, por el color de la piedra que se empleó en su edificación, traída desde Mogador a Cabo Juby en barco, y transportada con carretas y caravanas desde aquí al cauce del Uad Uein Seluan (Río del Impasible), lugar destinado a su emplazamiento. Como represión por su alianza con los Sultanes, los franceses la destruyeron, aunque ya Ma el Ainin no vivía, en 1913, permaneciendo abandonada y muerta hasta el año 1934, fecha de su ocupación por España.

Aparte las causas que han dado a su piel esa pigmentación azul—un color, después de todo, poético—, el saharauí es un gran tipo humano, amigo de sus amigos, de una singular perspicacia, capaz de orientarse, como los gatos en la noche, en medio de la página en blanco del desierto, de su monotonía y agobiante falta de puntos de referencia. Donde nosotros no percibimos nada, él oye crecer el agua y ve mudas huellas. Posee, como pocos, la llave del secreto: el instinto de conservación. Y no necesita más que un camello para subsistir. Luego, vendadle los ojos, engañadle, abandonadle en un paraje donde nunca haya pisado ser vivo... Dejados solos. El hombre delante, el camello detrás, unidos por el débil hilo de la rienda o "hesama", saltando de pozo en pozo, llegarán a donde se lo propongan. Sin prisa ninguna, ¿para qué allí?, pero llegarán. Les guía la conciencia de su insignificancia. Lleguen a donde lleguen, es muy difícil que nadie les esté esperando. Quiero decir que les guía la conciencia de Dios.

Y esto devuelve este reportaje al punto de partida, hace a este reportaje morderse la cola. Pero la verdad no tiene más que un camino. No es un azar que España haga en el orden exterior una política proarabista, ni que las peripecias del mundo cultural y moral árabe le afecten en una medida que sólo los lerdos pueden desconocer. En última instancia, contra lo que piensen los pueblos anglosajones, por otros conceptos tan respetables, una política es un gobierno de almas, y hay almas a las que se gobierna mejor con el pan de Cristo que con el pan de trigo, con su sangre que con el vino imparcial, insalubre e insípido de la democracia. Tal, el alma de los españoles. Tal, la de los solitarios pobladores del desierto. ¿Por qué? Porque, inconsciente o conscientemente, un mismo imán guía sus pasos por la tierra y porque en los oídos les suena una misma música celestial. La trayectoria última de su vida cae fuera de la parábola normal de caída de los cuerpos pesados. Obedecen una ley de gravedad que les tira, en vez de los pies, hacia abajo, del corazón, hacia las estrellas.

¿Tengo razón? ¿Voy descaminado? Al menos yo intento explicar con este argumento un hecho de observación que sin él no la tiene, comprobado personalmente por mí en Agadir, Marraquech, Fez, Mogador..., durante un mes de viaje por la costa occidental y norte de la costa de Africa: cómo los extranjeros se encuentran en ella como gallina en corral ajeno y cómo los españoles no. Una sola frase—y ahí están mis compañeros de Prensa y de viaje que no me dejarán mentir—, una vulgar y sencillísima frase nos sirvió a lo largo de todo el trayecto de "slogan" de propaganda. Esta frase,

Tiendas de campaña en uno de los destacamentos españoles de la colonia de Río de Oro.



Soldado saharauí, perteneciente a los Grupos Nómadas, visto por el pintor Tauler, durante una reciente visita a aquellos territorios, comisionado por la Dirección General de Marruecos y Colonias.

traducida al lenguaje común y pronunciada al tiempo de juntar los dedos índices de ambas manos, era: "Árabes y españoles, iguales"; es decir, identificados, unidos. Yo lo aprendí en mis tiempos de oficial de Regulares de Ceuta, y desde entonces no he encontrado otra que resuma mejor el testamento de Isabel la Católica, la política a seguir en Africa por España. Indefectiblemente, los indígenas contestan: "Aíua". Es decir, de acuerdo, muy bien. O en otros términos: "A ver cuándo nos dejan en paz y solos".

Pero no quiero concluir estos que podría titular "Apuntes para la historia de dentro de diez años", sin añadir unos renglones sobre el aire enternecedor de españolización que se respira en Sidi Ifni y nuestros

GRUPOS NOMADAS

Su creación data de fecha reciente, y responde, como es natural, a las exigencias del servicio. Vigilancia de fronteras, información sobre ganado, campos de pastos, pozos, estadísticas, control de nómadas, persecución de delincuentes... Labor de policía, en resumen, que cumplen recorriendo el territorio en todos los sentidos a joroba de camello, y que recibe el nombre de *nomadeo*. Requiere un perfecto conocimiento del animal que se monta, vocación, espíritu de sacrificio y una gran capacidad de resolución por parte del jefe del Grupo, quien se verá obligado, en numerosas ocasiones, a actuar de maestro, juez, arquitecto, etc., y siempre de modelo y guía. Hablando de esta afanosa labor sorda del oficial colonial, decía Lyautey, el mariscal francés a quien debe su país el tesoro de Marruecos: "No hay uno solo entre los tenientillos, jefes de destacamento o de reconocimiento, que no desarrolle seis veces más iniciativa, más esfuerzo, más voluntad, más personalidad, que un oficial en Francia durante toda su carrera."

Salir a *nomadear* es echar una moneda al aire: puede salir cara o puede salir cruz. Lo que no falla es la incomodidad. El cansino paso del camello, la fatiga, la sed, la sobriedad del equipo personal, en el que hay que tener siempre a punto la tienda de campaña. Consta de dos paños... El primero, tejido con pelo de camello y cabra, como recordará el lector, se coloca arriba y recibe el nombre de "jaima". El segundo, debajo, y recibe el nombre de "venia". La razón de esta superposición es crear entre ambas lonas una cámara de aire quea minore la humedad de la noche y el calor del día. El resto del equipo debe bastar a proveer



Diversos tipos de soldados de Grupos Nómadas, pertenecientes al de la *Seguía el Hamra*, cuya cabecera o Plana Mayor radica en Semara. Como puede verse en este mismo reportaje, sus virtudes humanas son extraordinarias, y su sentido de la observación y la orientación difícilmente superables en el desierto. A ellos corresponde la labor de policía, vigilancia, información sobre campos de pastos, estadísticas, etc.

las exigencias mínimas de la vida del soldado durante la marcha, y es, por lo que afecta al dromedario, el siguiente: la "rahala", montura que se coloca sobre la joroba, sujetándola por la cincha, etc.; la "hesama", cuerda que pende, prendida por una anilla, de la nariz del camello y sirve de rienda; el "dabbus", o palo, especie de fusta con la que, dándole pequeños golpes en el cuello, se guía al animal y, finalmente, colocado detrás de la "rahala", el "guirbe", la piel de cabra, odre para agua, con el cual debe saciarse la sed entre pozo y pozo, distante, por lo común, uno de otro, cincuenta, sesenta y hasta cien kilómetros. En cierta ocasión, una de las partidas del Servicio Geográfico y Cartográfico del Ejército, a cuyo cargo corre el levantamiento del plano de nuestro Sáhara, llegó a efectuar un recorrido de 340 kilómetros y diecisiete días sin encontrar un solo pozo aprovechable.

Los Grupos se dividen en Secciones, destacadas sobre los puntos estratégicos —Tantán, La Güera, Cabo Juby—, y la cabecera o Plana Mayor la tienen en El Aiun, capital a su vez del desierto español. Surgido en época aún próxima, en uno de los remansos de la Seguía el Hamra, El Aiun es un pintoresco poblado, con ribetes de ciudad moderna. Su originalidad consiste en el estilo de los edificios, cuyas cúpulas semiesféricas y blanquísimas recuerdan las del Oriente Medio. Semeja, visto desde el aire, una cesta de huevos puesta al sol.

SIDI IFNI

Es la más pequeña de las cuatro zonas señaladas en el gráfico, un diminuto rectángulo contra la costa, y la única de ellas de soberanía nacional. En Ifni—el Ait Ba Amrán de los indígenas—, durante este viaje, nosotros hemos llegado a la conclusión de que todo es infantil, chico, porque no puede ser de otro modo: los límites, los animales, las huertas..., pero, por lo mismo, emotivo y mimoso. En Tagragra, puesto militar del interior, yo he visto pasar revista casi nominal a los alhelíes, las rosas, las dalias, las margaritas, los gladiolos, los pensamientos y los claveles, y esto no se olvida tan fácilmente. Porque quien la pasaba no era una mujer, era un hombre hecho y derecho, modelo de africanistas, con tres estrellas en la bocamanga. Un capitán de esos que desataron la lengua a Lyautey. Era un español que habría oído decir seguramente a su Comandante, como yo se lo oí al mío en la guerra, que no se es Oficial de tropas marroquíes mientras no se está dispuesto a beber con los soldados veinte vasos de te y a fumar en común la pipa de *kiff* que pasa de boca en boca.

La soberanía de España allí se remonta a 1476, cuando Diego García de Herrera funda la factoría de Santa Cruz de Mar Pequeña; pero su incorporación definitiva no se lleva a efecto hasta el día en que se realizó el desembarco del Coronel Capaz en 1934, el 6 de abril exactamente.

EXTENSION SUPERFICIAL DEL AFRICA OCCIDENTAL ESPAÑOLA COMPARADA CON LA PENINSULA

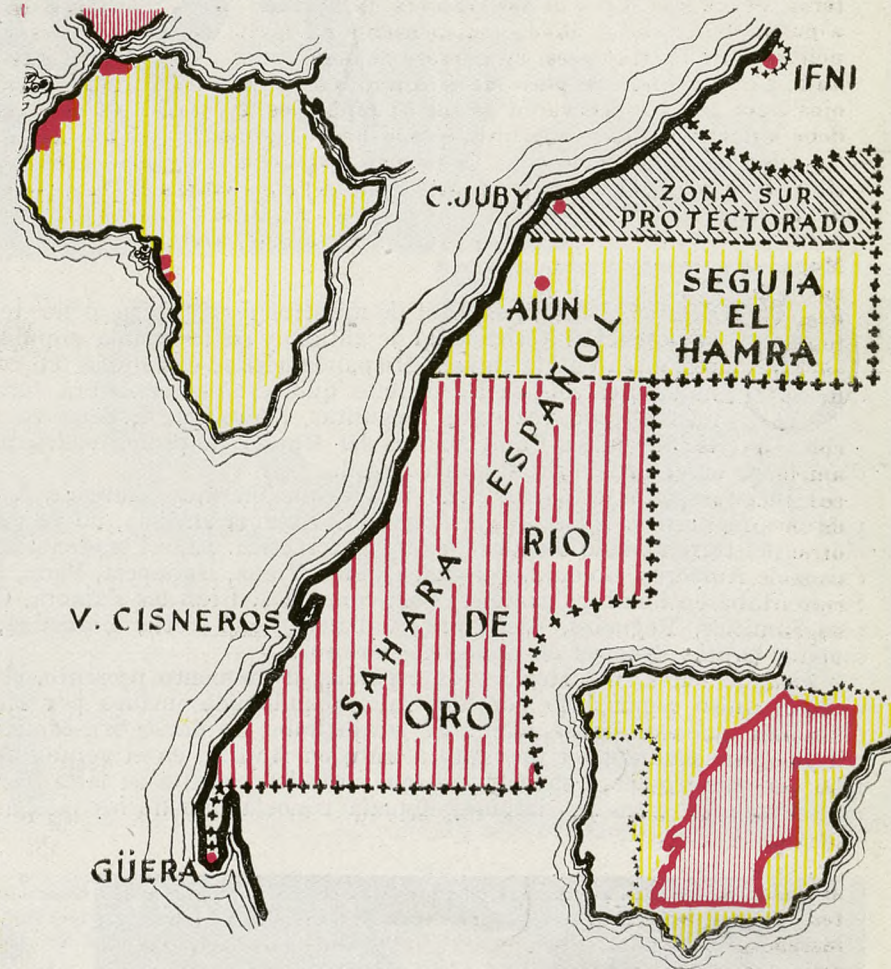


Gráfico comparativo del A. O. E. en relación con España. En él pueden apreciarse las diversas zonas mencionadas en el reportaje.

